



Conferencia "José Ignacio Barberi"

Las etapas prenatales del Hospital de La Misericordia

Alfonso Vargas Rubiano, MD. Profesor Honorario Universidad Nacional. Miembro Honorario Asociación de Médicos del Hospital de La Misericordia. Exdecano de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia. XI Conferencia "José Ignacio Barberi", mayo 10 de 1996.

1. Los esposos Barberi - Cualla

Hace exactamente un siglo, cuando la ciudad de Bogotá y el país entero aún se estremecían por la trágica muerte de José Asunción Silva y por los desastres de la Guerra Civil (1895), regresan a su ciudad natal los esposos José Ignacio Barberi y María Josefa Cualla, después de una permanencia de nueve años en Europa.

¿Quiénes eran ellos en 1896? José Ignacio Barberi -40 años- hijo del Dr. Francisco Barberi Holguín y de doña Filomena Salazar, caucanos, nace en Bogotá en 1855, inicia su carrera de medicina en 1870 (a los 15 años de edad) y obtiene el grado profesional en 1875. Inmediatamente ingresa a la Escuela de Jurisprudencia de la misma "Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia" y recibe el doctorado en derecho. Poco tiempo después es nombrado Profesor de Materia Médica y Terapéutica (1881). Este año también el profesor Gabriel J. Castañeda inauguró el curso libre "Patología e Higiene de la Infancia", primer peldaño en la enseñanza de pediatría en nuestra escuela.

Al publicar Pedro M. Ibañez, en 1884, su clásico libro "Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá", con sobrada razón llama a José Ignacio Barberi "hijo ilustre de la Universidad Nacional", pues a los 26 años de edad había ya obtenido

brillantemente dos títulos profesionales (en medicina y jurisprudencia) e iniciaba su carrera de profesor.

María Josefa Cualla y Ricaurte, también bogotana, hija de don Higinio Cualla García, cartagenero, radicado muy joven en la capital, Senador y Alcalde de Bogotá. Su actividad y espíritu progresista como jefe de la administración municipal de principios del siglo son bien conocidos de quienes estudian la historia de nuestra capital. Por el lado materno, doña María Josefa fue hija de doña María de la Paz Ricaurte Urrutia, de rancia estirpe santafereña. Sus dos abuelos, Higinio Cualla y Caicedo y Máximo Valerio Ricaurte, fueron próceres de nuestra independencia, y su abuela materna cartagenera -Doña María Josefa García del Real- fue también abuela del Presidente Rafael Nuñez.

2. La Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, 1867

Aceptando el concepto de nuestro gran historiógrafo médico -Pedro M. Ibañez, de que Barberi es "hijo ilustre de la Universidad Nacional", es también válido dentro de este esbozo anamnésico, recordar brevemente que la institución creada por la Ley del 22 de septiembre de 1867, y puesta en marcha el año siguiente por el Gobierno del doctor Santos Acosta -único Presidente médico- fue la respuesta y rectificación a la absurda disposición

del 25 de mayo de 1850, cuando el Gobierno de José Hilario López declarara libertad para el ejercicio y enseñanza de "las ciencias, las artes y las letras", paradójicamente "en nombre de la libertad"!! Se clausuran las universidades y se asesta así un golpe mortal a un proceso educativo que se remonta a 1636 con el Licenciado Henríquez de Andrade; 1758 y 1766 con los esfuerzos por establecer el protomedicato de Vicente Román Cancino y Juan Bautista de Vargas Uribe; de Mutis y el Padre Isla -a comienzos del XIX con el plan de estudios de 1802-; los esfuerzos de iniciación de estudios de José Félix Merizalde y Benito Osorio, en la época de la independencia, en sus incipientes cátedras de medicina en San Bartolomé y El Rosario respectivamente; y, principalmente, la obra educativa del Vicepresidente Santander al crear, en 1826, la Universidad Central.

La reacción de los profesores médicos fue ejemplar: Antonio Vargas Reyes y Antonio Vargas Vega, médicos santandereanos (tío y sobrino), comienzan a publicar a partir de 1852 "La Lanceta", primera revista médica, especie de cátedra abierta al estudio de la medicina; José Félix Merizalde, José María Buendía, Liborio Zerda, Rafael Rocha Castilla, Nicolás Osorio y otros, dictan lecciones en sus casas particulares. Antonio Vargas Reyes, a la cabeza de los más distinguidos exprofesores, logra en 1864 la puesta

en marcha de la Escuela Privada de Medicina, y con Manuel Plata Azuero, Antonio Vargas Vega y Manuel Ancizar obtienen en el Congreso Nacional de 1867 la expedición de la ley que creaba la “Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia”.

José Ignacio Barberi, alumno de la Nueva Escuela de Medicina (1870 a 1876) recibiría allí, en cuarto año las enseñanzas del profesor José María Buendía en “Patología Especial de las Mujeres y de los Niños”, embrión de las futuras clínicas obstétrica e infantil. También aprendería de estos maestros que, cuando se tiene vocación docente, se reabren las cátedras clausuradas o se inician las que no se han establecido.

3. Etapa embrionaria

“A mi regreso de Londres -dice José Ignacio Barberi en sus memorias-, abrí en mi casa una cátedra gratuita, a la que me hicieron el honor de concurrir, algunos médicos. Mi señora observaba que las infelices madres que concurrían con sus hijos al consultorio no podrían hacer nada, puesto que su pobreza era tal que no disponían siquiera de agua potable, todo les era difícil”, nos dice el profesor Liborio Sánchez Avella en el artículo “75 años del Hospital de La Misericordia” (*Rev Fac Med UN Col*, Vol. XXXIX, No. 3, Sept. 1981, cita de las Memorias de José Ignacio Barberi, 1940).

Se cumplía en la Cátedra-Consultorio de la santaferña “Calle de las Cunitas”, una acción, digna de los maestros de Barberi que crearon la universidad nueva: a falta de cátedra, universitaria, desde sus propios consultorios particulares, cumplían el noble apostolado de la enseñanza, acción benéfica con los desprotegidos. Aunque existía en ese momento en el Hospital San Juan de Dios, una sala infantil “La Glorieta”, “nadie se interesaba por ella y todos recordamos que no había clase

de enfermedades de los niños” agregaba Barberi en sus memorias citadas.

Pero estas acciones del cerebro y del espíritu humanista del profesor Barberi, con ser ejemplares, no eran completas si no se cumplía el postulado filosófico consustancial en el actuar médico: la medicina debe ser hominal, humanista y humanitaria (1). Entonces, María Josefa Cualla, bien pudo haberles dicho a los ilustres pediatras “Qué sacan ustedes con hacer un magnífico diagnóstico y prescribir magistral fórmula terapéutica (acción hominal) y aún con sentir misericordia, “virtud que inclina el ánimo a compadecerse con los infortunios ajenos” (acción humanista), si no pueden aliviar también el sufrimiento infantil, la angustia familiar y el hambre biológica en sus hogares? (acción humanitaria).

¿Por qué no se organiza una sala o pequeño hospital para poder aplicar correctamente lo prescrito con toda sabiduría, generosidad y buena intención? El corazón maternal de Doña María Josefa completaba bellamente la grandiosidad de la acción promovida por su esposo: al orgullo intelectual de aplicar la teoría científica al paciente y el buen deseo de ayudarlo a éste, se sumaba la acción de protección social, de beneficencia, tan propias del alma femenina. Hubo pues hace 100 años un tácito pacto de honor entre los esposos Barberi-Cualla, los dicentes universitarios y la sociedad bogotana. Nuestro hospital inicia su etapa embrionaria.

Infelizmente, muere doña María Josefa al traer al mundo una nueva vida humana, -pero ya había esculpido en el corazón de su esposo la bella iniciativa y “entonces pensé hacer lo posible para fundar una sala o pequeño hospital de acuerdo con sus deseos” (Liborio Sánchez A, Op. cit).

Calixto Torres Umaña, escribió el 7 de

septiembre de 1926 (Bodas de Oro profesionales del Profesor Barberi) “No ha podido rendir el gran filántropo un culto más noble a la memoria de la esposa muerta. Con la realización de su idea ha venido llenando su cerebro y su vida, y a ella ha consagrado tranquilidad, fortuna y todos sus esfuerzos que, en vez de disminuir, parecen agigantarse con los años”.

En 1972, en el prólogo de la monografía sobre las labores del Hospital en el período 1967-1972, elaborado por Rafael Barberi Zamorano, Director, y los Profesores Humberto González Gutiérrez y Liborio Sánchez, se lee, en “Cómo se creó el Hospital”: “Fue un pensamiento de amor y una ofrenda encendida a un recuerdo sagrado lo que dio ánimo al iniciador para no cejar en su empresa. Con un gran dolor, con una gran pena íntima, multiplicó sus energías y redobló sus esfuerzos para traducir a la realidad la idea de la ausente”.

4. Etapas fetal precoz y fetal tardía

El 24 de febrero de 1897 se dirige a sus conciudadanos de la capital por medio de carta-circular, digna de leerse y releerse, porque, además de ser fundamental documento histórico de nuestra institución, es modelo de claridad en sus conceptos, en sus bases jurídico-administrativas, pulcritud y diafanidad de intenciones, modestia y profunda convicción y fe en la idea de la esposa fallecida. Para orgullo de la sociedad bogotana, la respuesta fue unánimemente favorable, como lo fue también por los organismos del Gobierno de entonces.

Bogotá, 24 de febrero de 1897

“Muy respetado señor mío: Durante mi larga permanencia en Europa estudié, con atención preferente, todo lo relativo a las enfermedades de los niños y tuve la idea de fundar en mi país, tan pronto como tuviera alguna práctica en estas

afecciones, un hospital para niños hasta de 12 años, al nivel, hasta donde fuere posible, de los que existen en las ciudades europeas. Hoy intento dar forma a mi proyecto, y con ese objeto tengo el honor de dirigirme a usted pidiéndole me preste su valioso contingente. A nadie se oculta la importancia de esta obra para Bogotá; y yo estoy presenciando todos los días el desamparo de los niños pobres cuando se enferman y mueren por falta de una alimentación adecuada, de médico, de medicina y de cuidado higiénicos racionales; vengo a implorar de su reconocida caridad, un pequeño auxilio, con el cual muchas y muchísimas desgracias pueden aliviarse”.

El hospital se llamará de “La Misericordia para niños enfermos”, estará situado en las afueras de la ciudad y constará de dos departamentos: uno para niños y otro para niñas, con cuartos especiales para pensionados, sala de operaciones, sala de aislamiento, patio para juegos, un pequeño parque, baños y todo lo necesario para el servicio interior del establecimiento. El Excelentísimo Señor Presidente de la República y el Ilustrísimo señor Arzobispo, han consentido llamarse Patronos de esta casa de beneficencia.

Mis servicios en esa casa serán en todo gratuitos. Yo me haré cargo de su dirección, prestando al mismo tiempo mi contingente profesional. El dinero será manejado por un síndico, nombrado por una Junta Directiva y ésta, a su vez, será elegida por los mismos contribuyentes. De la inversión de este dinero se dará cuenta comprobada a la misma Junta, para su aprobación e improbación.

La cuota con que debe contribuirse es de cincuenta a cien pesos, los que deben ser colocados en el Banco Internacional a la cuenta del señor don Javier Tovar, caballero que amablemente ha consentido en ocupar el puesto de Síndico, mientras la Junta Directiva nombra quien deba reemplazarlo.

Los contribuyentes tendrán el derecho a enviar al hospital a todo niño enfermo que juzguen merecedor de esta caridad, el que será recibido, si no está lleno el número de camas de que se puede disponer. A este efecto se repartirán libretas que faciliten este trabajo.

En las camitas del hospital se podrá dedicar, además, por todo el que quiera una a la memoria de la persona que se desee. Al fin de cada año se hará el cálculo de lo que cueste su sostenimiento y esta suma deberá ser reembolsada por el interesado. La cama escogida llevará su dedicatoria y el dueño cuidará de ella como a bien tenga, de acuerdo con el reglamento del hospital. Esta es una manera benéfica de perpetuar el recuerdo de una persona querida.

El Honorable Concejo Municipal se ocupa actualmente en ayudar, por todos los medios que están a su alcance, al establecimiento de este hospital. El señor don Julián Lombana dirigirá la obra gratuitamente; don Eugenio Pardo, en su tipografía, todos los periodistas de la capital y muchas otras personas, me han ofrecido su desinteresada cooperación y yo confío en que, con tan decididos apoyos como los antes apuntados, llevaré a cabo mi pensamiento en el menor tiempo posible.

Soy de usted atento seguro servidor,

*José Ignacio Barberi.
Doctor en Medicina y Cirugía con diploma de la Universidad de Colombia, del Colegio Real de Cirujanos de Inglaterra y el Colegio Real de Médicos de Londres. Especialista en enfermedades de los niños”.*

Ciertamente se pasaba, en 1897, del período Embrionario al Fetal Precoz, en la ontogénesis de nuestro hospital, pues cinco meses después de la anterior circular, se registraban sus estatutos en la Notaría Tercera (1468, julio 21, 1897), se les concedía Personería Jurídica por parte del Ministerio de Gobierno (julio 23, 1897) y dos días después se colocaba solemnemente la primera piedra en el lote llamado Tres Esquinas, cedido por el Municipio de Bogotá en presencia del Presidente de la República, don Miguel Antonio Caro y de Monseñor Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá.

La Clínica Infantil, 1898. Constituida en 1886 la República de Colombia, centralista, la “Universidad Nacional de

los Estados Unidos de Colombia” desaparece, pero subsisten dependiendo directamente del Ministerio de Educación Nacional, las escuelas de medicina, jurisprudencia e ingeniería, cada una con un rector de nombramiento directo del Presidente de la República. Ocupando el rectorado de nuestra escuela el profesor Nicolás Osorio Ricaurte, se establecen a partir de 1898 como clínicas independientes la Infantil (quinto año, curso 21) y la obstétrica (sexto año, curso 24), y es nombrado profesor de la primera José Ignacio Barberi.

El final del XIX lo encuentra pues, empeñado en la doble tarea de construir el Hospital Pediátrico Universitario, y comenzar allí la primera Clínica Infantil del nuevo currículum docente, pues “La Glorieta” -servicio infantil de San Juan de Dios-, era totalmente inadecuado y era mejor esperar la construcción de la sede hospitalaria digna de servir de modelo de asistencia y de enseñanza de la pediatría. Además ya el ambiente político y social prepara la novena contienda civil del siglo y dificultaba todos los aspectos de la vida nacional. En octubre de 1899 estalla la nueva guerra.

5. La Guerra de los Mil días

La Facultad tuvo que cerrarse pues la mayoría de los estudiantes partió hacia los campamentos y, según el relato de un estudiante de medicina de la época, “al cabo de un año se reabría, pues el Gobierno consideraba urgente preparar personal para que prestara servicio en los campamentos, como lo estaba haciendo la naciente Cruz Roja Colombiana”. “Los 26 de los 108 estudiantes que regresaron -continúa el doctor Juan Clímaco Hernández, en el capítulo “La Facultad de Medicina en la Guerra de los Mil Días” de su obra autobiográfica publicada en 1960-, nos unimos en un pacto fraternal puesto que

podemos tener ideales distintos, pero el ideal no vale una sola vida de las que se están inmolando tan inútilmente”.

“Los profesores dictaban sus clases saturadas de ciencia y entusiasmo, que eran una verdadera insinuación al estudio serio y continuado, lejos de la tormenta de la pasión. Los veíamos tan abstraídos, tan alejados, tan dignos de conservarnos dentro de la intención de acabar con la guerra. Muchas veces nos preguntábamos cómo era posible que permanecieran puros en medio de tanta corrupción; eran todos tan adorables, entregados a sus trabajos científicos, sencillos como niños, ingenuos como adolescentes, honrados como santos y pulcros como la ciencia a la cual se habían entregado. Uno buscaba los males que en el organismo humano producía la chicha: otro estudiaba las enfermedades del cuero cabelludo; otro consagraba la totalidad de sus energías a la construcción de un hospital para niños; y así, todos tan abstraídos, la guerra pasaba por debajo de sus pies”.

El profesor Barberi ocupaba la Secretaría de Gobierno de Cundinamarca hasta el 31 de julio de 1900, cuando se produjo el golpe de estado del Vicepresidente Marroquín. Toda su actividad estaba centrada en terminar la construcción y dicen las crónicas que personalmente se presentaba a los cuarteles para lograr la libertad de los trabajadores del hospital que eran reclutados como “voluntarios”. Aunque no había curso de clínica infantil (pénsum de 1898), el Ministro de Educación, Dr. José Joaquín Casas, nombró el 17 de abril de 1901 como Profesor al Dr. Pompilio Martínez quien regresaba de Europa y había recibido lecciones de pediatría en París, Berlín y Viena. El futuro rector y gran profesor de cirugía se encontraba en una de las ambulancias de guerra del Gobierno y aparece nombrado el 28 de septiembre del mismo año como Profesor de Medicina Operatoria, inicio

de su brillante carrera quirúrgica.

6. El nacimiento del hospital

Tanto en la publicación del profesor Barberi, “Historia del Hospital de la Misericordia para niños enfermos” (Tip. Cortés, 1926), como en la primera parte del trabajo “Bodas de oro del Hospital de La Misericordia (1897-1947) que el pediatra y profesor Julio Araújo Cuéllar -recientemente fallecido- presentara a la Academia Nacional de Medicina, están todos los detalles del titánico esfuerzo de José Ignacio Barberi en los primeros años del siglo -etapa fetal tardía- hasta lograr su terminación y apertura para la ciudad el 6 de mayo de 1906. Fue notable la cooperación de los miembros de la primera Junta Directiva, Aurelio Uribe, Leo S. Kopp, Luis Vargas, Antonio Izquierdo y Alberto de Caicedo y de los síndicos Javier Tovar, Federico Balcázar, Abraham Montalvo, Enrique Silva y Diego Uribe.

En la parte médica, el profesor de Clínica Infantil, recibía el decidido apoyo de los doctores Guillermo Márquez, José María Montoya, pediatras, Rafael Ucrós y Julio Manrique, cirujanos, y de su antiguo catedrático en “Patología especial de las mujeres y de los niños”, profesor José María Buendía.

El rector Luis Felipe Calderón en el prólogo del libro de 1905 “Manual de higiene y medicina infantil” dice: “La obra del Dr. Barberi que clama contra los abusos y errores de la alimentación, contra los malos hábitos que se imponen a los niños y el descuido de los indispensables para su buen desarrollo fisiológico -con toda la vehemencia inspirada en el más laudable y acendrado sentimiento de humanidad-, llena un vacío y nos enseña lo indispensable en la higiene del niño y tratamiento de sus males. La terminología es sobria y se nota el esfuerzo del autor por ser claro,

comprensible y útil, sin anhelo de especulación y sin deseo de brillar por la forma o apariencia. Pero la mejor recomendación es la del mismo nombre de su autor: el médico protector constante de los pobrecitos enfermos, el infatigable empresario del hospital de La Misericordia. Luis Felipe Calderón. Profesor de Clínica General. Rector de la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales”.

“Quiero hacer un bien a mi país y en especial a las madres colombianas. Si consigo salvar siquiera un niño con mis consejos o ahorrar lágrimas a una sola madre, quedará satisfecho”, dice la introducción del autor de la publicación de 1905, iniciación de la puericultura en nuestro país.

El doctor José M. Montoya Camacho, médico bogotano, nacido en 1870, hizo la totalidad de sus estudios en la Universidad de Harvard y al regresar en 1900 se constituyó en uno de los más eficaces colaboradores del Profesor Barberi. En 1913 inicia la Clínica de Ortopedia y Cirugía Infantil, en sexto año. También fue, con el cirujano Guillermo Gómez, organizador de la Sociedad de Cirugía y Hospital San José en 1902, y fundador y director por muchos años del “Repertorio de medicina y cirugía”. Por la misma época regresaba de París el Dr. Guillermo Márquez, especializado en la Universidad de París, pediatra que se unió a Barberi y a Montoya para iniciar en 1906 la Clínica Infantil. “Los primeros médicos que me acompañaron gratuitamente fueron José María Montoya y Guillermo Márquez. La Clínica de Enfermedades de los niños se fundó entonces en la Facultad de Medicina y podemos asegurar que la instrucción allí es completa” dicen las memorias del fundador.

De la cátedra gratuita en el consultorio de la “Calle de las cunitas” de 1896 se llegaba al Hospital de La Misericordia,

sede de la clínica infantil, de la Universidad Nacional en 1906: nace la pediatría colombiana, y se cumple el deseo de María Josefa Cualla de Barberi.

“Ideó este hospital María Josefa Cualla y lo llevó a cabo su esposo José Ignacio Barberi”, se leía en la portada del viejo nosocomio, que desde hace 90 años sirve a la comunidad bogotana y a nuestra Universidad Nacional de Colombia.

Santafé de Bogotá, Mayo 9 de 1996.

Epílogo

Al terminar ayer este escrito y anotar su fecha, vino a mi memoria que hace exactamente 40 años -9 de mayo de 1956-, el Consejo Superior de la Universidad Nacional expedía el Acuerdo 25, por medio del cual se fijaba la organización académica para la Facultad de Medicina y se “creaban los departamentos de cirugía, medicina, ginecoobstetricia y pediatría”, cada uno con un coordinador, nombrado por el

Consejo Superior de terna elaboraba por el Consejo de la Facultad, para que representen al Decano en su respectivo Departamento y elaboren los proyectos de pénsum, programas y desarrollo de las asignaturas que han de regir a partir del año académico de 1957”. Tuve el honor de ser designado Coordinador de Pediatría y al año siguiente el profesor Rafael Barberi Cualla, Director del Hospital, me designa como su Subdirector.

Así, 50 años de fundada nuestra institución, se inició una nueva etapa en su estructuración docente-asistencial, para cuyo éxito fueron fundamentales la colaboración y apoyo de Rafael Barberi Zamorano y Ernesto Plata Rueda, a cuya memoria rindo respetuoso y emocionado recuerdo.

Al fallecer Rafael Barberi Zamorano, el 6 de marzo de 1992, después de desempeñar eficazmente la Dirección a partir de 1962, expresé en su funeral, en nombre de sus compañeros de clase 1937-1942, al hacer un breve recuento de los éxitos profesionales de varios de

los integrantes de nuestra promoción: “No puede haber sin embargo, una vida más útil y mejor empleada al servicio de la Patria Colombiana y al honor de su estirpe, que la de Rafael Barberi Zamorano, quien a la muerte de su padre, asumió la dirección del hospital que fundaran sus abuelos”. Y en mi tesis de grado, escribí: “el primero de marzo de 1943 -día estelar de mi vida- vestía yo la simbólicamente blanca blusa clínica en el Hospital de La Misericordia, templo en donde aún se siente muy cercano al espíritu magnánimo y ejemplarmente humano de José Ignacio Barberi y en donde alientan diariamente como dos faros inextinguibles, dos espíritus superiores. La ciencia simbolizada en el Profesor Calixto Torres Umaña y la bondad, bellamente totalizada en el profesor Rafael Barberi Cualla”.

Queridos colegas de la asociación:

¡Cuánto orgullo siento por haber dedicado tantos años de mi vida al Hospital de La Misericordia y a nuestra Universidad!

Hospital Universitario Pediátrico
de la Misericordia
BIBLIOTECA